

ENSAYO DE UNA ECOLOGÍA SEXUAL

Magdalena Català

La autora relata su experiencia en varias reuniones y fiestas de feministas en los Estados Unidos. El feminismo ha producido en sus militantes una profunda modificación en las formas de expresarse, vestirse y relacionarse. El concepto de belleza de la mujer ha sufrido una completa transformación, convirtiéndose en algo más fresco y natural que los artificios que impone la cultura machista. Esto contrasta, sin embargo, con la nueva dirección que ha tomado la moda masculina, sobre todo en el mundo «gay».

Un año en los Estados Unidos puede trastornar a cualquiera, especialmente si se empieza en Berkeley y se dedica uno a experiencias, como estudiar Psicología Social, mirar la televisión, pasar un fin de semana en Esalen, donde se enseña a la gente a tocarse, mirarse y desvestirse, ir a Boston, mirar otra vez la televisión, observar en la Universidad de Harvard producirse un «pequeño grupo» a través de un cristal-espejo, observar a los observadores, colaborar con un grupo de antropólogos que analizan a un indio zinacanteco, expresamente importado por el Departamento... y querer entender. En otra ocasión intentaré explicar por qué creo que querer entender a América transforma de esta manera, y, en cambio, al americano no le afecta nunca nada. Ahora me limito desde el optimismo ingenuo y radical que inspira la desmesura de todo cuanto allá se vive, a contar algunas de esas experiencias «transformadoras».

En Boston oyendo hablar en Radclif College a Judith Kennedy, mujer negra y abogado, sobre la *Patología psicológica de la mujer*, se distinguían y reforzaban una a la otra, en un alarde de verdad y desenfado, las dos voces más claras e impresionantes que escuché en los Estados Unidos: la de la mujer y la de la raza negra. El resentimiento, la sensualidad y la paciencia de ser mujer y negra. La aprendida petulancia y altanería de una raza que sólo puede cantarse a sí misma como la más bella y la mejor. Pero de ningún modo me atrevo a escribir sumariamente sobre los negros o sobre la ideología de los movimientos feministas. Los primeros, escindidos entre el radicalismo de los restos del movimiento de Malcom X y los ideólogos del incipiente «capitalismo negro», inspirados en el modelo de *El Padrino*, pasando por el nuevo posibilismo de los Panthers y el separatismo elitista de los Muslims. Los segundos, ya poco activos políticamente, prácticamente volcados en guarderías, campañas pro-aborto, clases de defensa personal, publicaciones (por ejemplo: *Our Bodies our Selves*), etcétera. Y teóricamente cada día más rebuscados o especializados. Me limito a tratar de lo que creo que ha cuajado de la revolución feminista, la praxeología que es su primer rendimiento. Lo que es ya un hecho, un hecho

sectorial pero de evidentes consecuencias. Para simplificar un cúmulo de impresiones y datos resumiré tres experiencias concretas y aventuraré después algunas conclusiones y preguntas.

Baile en la catedral

La primera tuvo lugar a los pocos días de llegar a Boston. En el Harvard Gazette se anunciaba un Women Dance en Memorial Church, bajo el auspicio de la Divinity School. Veníamos de pasar seis meses en Berkeley, donde la informalidad es fórmula, y nos apeteció un poco de la etiqueta y seriedad que la Nueva Inglaterra, la Divinity School y el Seminario parecían garantizar. Pero aquello no era lo que esperábamos ni nada que hubiéramos podido imaginar: un baile de lesbianas en la capilla principal de la iglesia de Harvard University. Lo que fue entonces parte de la sorpresa, después supimos que era norma. Las iglesias sirven de guarderías durante el día y por las noches de cobijo para todas las actividades *deviant*, esto es, «anómalas».

Un baile muy concurrido —un dólar de donativo la entrada— donde el 99 % del público eran mujeres y el 98 % de ellas lesbianas que paseaban de la mano, se besaban y abrazaban. Una orquesta de mujeres al fondo a la derecha del altar y las sillas puestas en círculo, configurando la pista de baile. Unos pocos homosexuales masculinos también bailaban, pero no sé por qué me parecieron, ahí y entonces, excesivamente preocupados por mostrarse coquetos y enamorados. Los gestos de las chicas, en cambio, tenían la inmensa naturalidad de lo espontáneo o de lo harto conocido. Tanto no eran un «espectáculo» que al cabo de un rato, si sólo se pretendía observar, resultaba casi aburrido. Era de ellas, entre ellas y para ellas.

No me aburrí; un cierto gusto perverso de ver a los cuatro o cinco hombres que allí estaban, torpes y desplazados, como tantas veces nos encontramos las mujeres en los Dominios del Hombre. Un gusto que pude experimentar en bastantes, y mucho menos traumáticas ocasiones. A decir verdad, casi siempre; presenciar en los hombres la inseguridad, el disimulo, la agresividad subversiva..., en fin, lo que hasta ahora ha caracterizado las llamadas «tácticas femeninas» de ataque o defensa, resulta tan divertido como estimulante. El piropo o la galantería, quien lo osa, lo precede siempre de complicadas excusas. Pero el resumen de sensaciones de aquella noche fue, sin duda, una suave, rara, pero definitiva alegría de que aquella «unión» entre mujeres ocurriera.

¡¡¡Mujeres, bienvenidas!!!

Una noche caí por azar en una reunión de Comité de uno de los Women Centers. Era una casa americana cualquiera, un poco desordenada y sucia —lo que alguno llamaría un «Club Freak». En una pequeña sala había unas 40 chicas, que a primera vista parecían reunidas para legitimar cualquier expresión del tipo: «Claro, sólo las feas necesitan liberarse.»

Se discutía, punto por punto, el programa del día, una propuesta de ayuda para chicas expulsadas de una fábrica, se anunciaban fechas y títulos del nuevo grupo de cine de mujeres, se reorganizaba un turno de 24 horas para atender casos de violaciones (hay un promedio de 8 declaraciones de violaciones diarias en la Boston Area, y se sabe que se declara un 2 % de los casos ocurridos), se planteaba la estrategia para apoderarse del YWCA (Young Women Christian Association) y se enfrentaban al problema de controlar las manifestaciones externas de las lesbianas para no alarmar, antes de tiempo, a la dirección; se invitaba a asistir al juicio de unas mujeres y se sugirió la conveniencia de «vestirse» de cara al jurado, de modo que la protesta pareciera hecha por «señoras» y no simplemente por mujeres... Al salir recorrí la casa; en otras salas, otras reuniones, clases en el piso de arriba, bibliotecas más o menos especializadas, diferentes salones y rincones sin función específica... Un auténtico *free plan* sin plan alguno, y por todas partes pósters, anuncios, peticiones y ofertas.

A lo largo de las dos horas que pasé ahí sentada, de pasear discreta y distraídamente la mirada por los rostros de las chicas que formaban el grupo, acabé prendada por unas actitudes, ojos, gestos, sonrisas, reservas que me fueron cautivando. Había algo absolutamente nuevo en aquellas chicas o en como yo las miraba. Varias de ellas me agradaron mucho y descubrí un extraño placer en escucharlas y observarlas. Todas ellas, a excepción de dos o tres, eran como de una raza desconocida en la que distinguir belleza e interés era prácticamente imposible.

Esta atracción que poquísimas veces había sentido ante un grupo de mujeres (y muy diferente de la admiración a una mujer inteligentísima, bellísima o algo ísima) me produjo una rara sensación: no sabía si es que miraba yo a aquellas mujeres como a hombres o miraba como hombre a aquellas mujeres. Pero pronto me di cuenta de una verdad más simple: por primera vez miraba a un grupo de mujeres interesantes y descubría, porque nada lo ocultaba, disimulaba ni enriquecía, sus verdaderas caras. No es que me encantara la «pureza» de sus rostros limpios, ni la absoluta normalidad de sus vestidos (que nada tiene que ver con el aspecto descuidado, pobre o exótico que esforzadamente se consigue recorriendo ropavejeros, pegando parches, destiñendo pantalones o adornándose con

el folklore de algún país subdesarrollado). Lo que descubrí no era tampoco una nueva «belleza», sino una nueva manera de ver o valorar la belleza de las mujeres, una manera no tan distinta de cómo las mujeres hemos siempre valorado la belleza de los hombres. (Aunque hoy este criterio resulte difícil de aplicar, y sobre todo en nuestro país. Los hombres, día a día, reivindican su derecho al adorno y al aparato. Hoy, como en sus buenos tiempos, se alargan y aprietan, se ondulan y perfuman, hasta compartir con la mujer la vistosidad o el ridículo que la sociedad burguesa había relegado y limitado para el sexo débil. De los hombres otra vez podemos admirar, enamorarnos o divertirnos no sólo de su fondo, sino de sus *formas*.)

Pero hasta ayer, apolos aparte, en los hombres se apreciaba la personalidad, el carácter, la profesión, la inteligencia, hasta la expresión... Y aun cuando los «astros» impusieran más o menos los ideales y estereotipos, el sexo masculino no estaba condenado, como lo ha estado la mujer, a luchar con armas a menudo totalmente ajenas a su físico, más allá de su física y figura, lo que explica que tantas veces la mujer se «desfigure» para figurar. El hombre sabía que tenía otras cartas. En la mujer, en cambio, todo lo que no fuera convencionalmente mono, sexy, atrevido, femenino, en una palabra: todo lo que no fuera *aparente*, había sido casi *contraproducente*. Así también se explica la cantidad y homogeneidad de chicas que de lejos «hacen bonito», sin otra gracia o interés que su estricto acatamiento a la moda. (Entre los hombres, hay, por ejemplo, camisa bien entallada, cinturón ancho y cartuchera al hombro.) Y la excepción confirma la regla.

En este grupo de veintitantas chicas, la excepción era regla. Por describirlo de algún modo, diría que era como reunión de chicotes (de antaño) donde sólo podía gustar lo que «eran» porque no había «parecer» posible. No había poses, tensiones ni intenciones. Si eran todas, alguna o ninguna de ellas lesbiana, ni lo supe ni me interesó. Entre aquellas caras duras, difíciles, claras, tranquilas, una chica «arregladita» resultaría, creo yo, lamentable. ¿Sería también la única que llamaría la atención a un hombre? ¿Han aprendido ya los americanos a apreciar, a través del no maquillaje, del no ceñido, del no escote, de la no provocación... a la mujer? Algunos amigos me decían que sí, que al principio se encontraban desalentados por falta de «estímulos», pero que habían aprendido a decodificar y degustar mensajes eróticos menos despampanantes o sofisticados pero igualmente claros y contundentes. Parece que la «naturalidad», a pesar de todo, no basta para eliminar el *appeal* o el instinto, cuando éste existe, claro está. Y bueno, es posible que se trate simplemente de una moda más.

Party en South Houston

En todo caso, evidentemente es una moda en dirección opuesta a la que sigue el sexo masculino y en especial el sexo masculino «anómalo». Entre los homosexuales o gays la prodigalidad de brillantinas, colores, símbolos y gadgets cosméticos de todo tipo es realmente aparatosa.

Hacia las doce de la noche paseábamos por el barrio de los artistas y galerías supuestamente Off-off, cuando tres seres, como de un sueño, salieron de una casa. Capas de terciopelo, sombreros de pluma, mallas azul celeste, labios carmín, torsos praxitelianos, finos tacones, rostros de fauno, aromáticos cabellos de anuncio de champú... Toda la belleza, todo lo perverso, todo lo exquisito; lo que todos hemos visto en alguna película de Visconti. La tentación en su estado más puro: para todo sexo, para toda edad.

Era una fiesta de la *High Deviant Society* de Nueva York, controlada por un policía con los nombres de los invitados en la mano. Conseguimos colarnos haciéndonos pasar por Mr. Gladys y amigos, cuyo nombre leímos de reojo en la lista. En el dintel de la escalera, un tipo bigotudo, en mini falda, camisa de encaje y corbatín, dirigía el tránsito. Al cabo de un rato, al ritmo de luces y trompetas, perdidos en una multitud de máscaras y desnudos, lo único que nos parecía anormal éramos nosotros a nosotros mismos. Pero lo que nunca habría podido imaginar es el grado de sensualidad abierta y en competencia que se ejercita cuando los hombres buscan a los hombres, aquellos mulatos envueltos en sedas, el chulo castigador con la chica al lado, el feo de cuerpo contorneado, el *straight* de ojos dulces, el morbosos recién lanzado *new love object*, los adolescentes inenarrables... Todos carne, todos sexo, todos y para todos. En el aire, tangibles, las penurias de la «conquista», las miradas ansiosas y cohibidas a la vez, la oferta y la demanda. Tenía algo de aquellas fiestas de no sé cuándo en las que las formas de represión y coqueteo estaban aún lo bastante juntas para hacer del lígule algo romántico, escandaloso y encantador.

Y ahora las especulaciones: en un país de hombres de por sí tímidos (las diferencias y matices que resulten de este proceso en países prototipos de *hombres muy hombres*, ya nos tocará vivirlas) con el porcentaje normal de chicas feas o problemáticas... Pero vayamos por puntos.

1. Si gracias a la píldora, o a lo que sea, desaparece el imperativo de «pescar» novio, del ir *steady*, del matrimonio y los hijos sin fin...
2. Si un job o una profesión (y la institucionalizada superioridad de estas faenas frente a la de criar hijos, vigilar la línea, saber o resolver

los problemas del servicio, etc.) dan un nuevo sentido, y hasta ilusión a veces, a la monotonía de los días...

3. Si las mujeres se descubren entre sí superando temores u hostilidades y se crean vínculos e intereses comunes, y

4. Si del sexo opuesto, en cambio, indiferencia, sonrisas o ira, y a veces hasta su bien intencionado deseo de comprender y colaborar sólo agravan y esclarecen diferencias, solidaridad y lucha, como en los buenos momentos revolucionarios se convierten en una sola fuerza: el deseo de cambiar.

El sexo en la mujer despierta, o, mejor, se lo había enseñado a despertar (Jane Sherfey lo explica con apabullantes argumentos en *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*), fundamentalmente como necesidad de cariño y compañía, ¿por qué extrañarnos de que pueda ser una amiga la compañera sentimental ideal de esos años de agudas soledades y anhelos vagos? ¿Por qué extrañarnos que hoy día muchas mujeres solas, reforzadas por el gusto de sentirse íntimamente iguales y el regusto de saberse públicamente «distintas» descubren y aprenden poco a poco los pasos que se siguen del cariño a la sensualidad y al sexo?

Pero, claro, si a los 16 años se sabe, como se sabía en España hace sólo cinco años (resumo la respuesta de 60 tests de una escuela de chicas) que: «siempre es mejor un amigo que una amiga, porque las mujeres son envidiosas, hipócritas y no saben ser amigas», es evidente que toda tendencia biológica o sociológica al lesbianismo no existe. No es posible. La soledad de la adolescencia es algo que primero se traga a solas, se disimula después en la «competencia» y se vence para siempre al pasar a ser Señora de Tal... La crisis de las «señoras» hoy es otro largo tema.

En países como México, donde la inferioridad de la mujer se vive no sólo como un hecho, sino como un derecho, ha sido posible una cierta cohesión y complicidad, la temible «fuerza de los débiles», que hace del pobre Sánchez esclavo de sus hijos y mujeres, del privilegiado primogénito dependiente eterno de la «pobre madre», de todo hombre inevitable castigador de toda mujer y de todo marido, necesario conquistador de cualquier otra mujer. Me contaban que en algún sitio de África en el que se practica la poligamia el hombre acaba teniendo que adquirir más y más esposas para no dejar ver cómo éstas le asustan y tiranizan... «porque no quiere que diga la gente que María Cristina le quiere gobernar...».

Pero la ambigüedad y fuerza de un mundo de mujeres reconciliadas en ciertas sociedades de hoy donde la «psicología profunda» permanece intacta, clara y distinta como los caracteres sexuales primarios y, en cam-

bio, las formas o caracteres secundarios se difuminan y contaminan hasta hacerse todos ellos *unisex*, es evidente que vivir se convierte en un intenso e ineludible «experimentar».

Por otro lado, las mujeres sexualmente unidimensionalizadas por el hombre se ponen cada día más difíciles. Una cosa es que gusten a los hombres y otra cosa dedicar la vida a gustarles; una cosa es disfrutarlos y otra cosa la necesidad de conservarlos. Quede el amor y el matrimonio donde acaso han podido estar siempre para el hombre (si olvidamos conveniencias, obligaciones, complejos y convenciones que, por supuesto, él también padece) en la pura libertad, en la locura, en el milagro.

A los viejos problemas de encontrar pareja se suman las aún confusas pero tremendas exigencias de ser una «pareja de hoy». No sólo la inexperiencia y el desacuerdo objetivos en los nuevos roles del hombre y la mujer, sino el desasosiego subjetivo, mucho mayor en la mujer en la medida que es quien necesita e impone lo que quizás en ella aún no está del todo claro, pero que lo está, y clarísimo, por lo que hoy «se sabe»: el rechazo básico al gusto por las labores del hogar, a realizarse en la maternidad, a ser del esposo preocupación, objeto o refugio.

En la certeza, o por las dudas, al hombre no se le «provoca», se le previene, no se le complementa, se compite con él en defensa furiosa del nuevo imperativo social: tener cada quien «su cosa». Estudios, trabajo, aficiones, profesión, ahora son para la mujer —lo que tal vez han sido siempre para el hombre— el requisito fundamental para ser «algo».

Autonomía e igualdad recién estrenadas, difícil y doloroso proceso aprender a llevarlas y compartirlas con soltura.

Ahora bien, es posible que esta nueva jerarquía de valores sea una triste y nada envidiable calca de los criterios del hombre, y que estén aún por aclarar las virtudes y oficios realmente femeninos o simplemente humanos. Pero basta con mirar un momento hacia atrás... apenas cinco o seis años atrás o a otros países u otras clases sociales, y comparar, para constatar que para bien o para mal por ahí van las cosas y no hay vuelta atrás.

El único y precioso reducto aún «actual» del juego, la delicadeza, el buen gusto, es quizás el mundo de los gays. La ferocidad del despertar del sexo masculino puesta al servicio del sexo masculino es el terreno en el que hoy se recobran categorías, sentimientos y expresiones aparentemente obsoletas: timidez y dominio, coqueteo y conquista, misterio, flirt. Esto, claro está, mientras no se normalicen y estandaricen estas todavía consideradas *minorías*.

Lesbianas, mujeres liberadas y homosexuales son tres tipos humanos

experimentando abierta y descaradamente con sus vidas y trastocando, evidentemente con ello, el mundo del *Male Chauvinism* al que la lesbiana desprecia y la mujer se enfrenta. Sólo el gay mantiene lo que se le acusa al hombre de ser y/o necesitar; sólo el gay sabe aún ceder y gustar, desea finura o firmeza, protección o mano dura. Así, pues, sí cabe la pregunta: ¿qué es ser hombre hoy? Creo que ciertamente los promulgadores del *Mens Lib* tienen ya suficiente para constituirse, suficiente por defender o justificar o reinventar.